

ANDREW PETTEGREE

EL LIBRO EN TIEMPOS DE GUERRA

BIBLIOTECAS Y LECTORES
EN ÉPOCAS DE CONFLICTO

TRADUCCIÓN DE
AMELIA PÉREZ DE VILLAR



PUNTO DE VISTA EDITORES

Sumario

INTRODUCCIÓN. LOS LIBROS, ARMAS EN LA GUERRA DE LAS IDEAS	9
I. CÓMO SE CONSTRUYE UNA NACIÓN QUE LUCHA	25
1. Llamada a las armas	27
2. El arte de la guerra	51
3. De <i>La cabaña del tío Tom</i> a Stalingrado: por qué luchan los hombres	77
II. LA MOVILIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO	107
4. La batalla de la ciencia	109
5. Los fantasmas de la academia	133
6. Unas líneas en el mapa	161
III. EL FRENTE DOMÉSTICO	189
7. Imprimir para vencer	191
8. Leer en tiempos de guerra	219
9. Listas negras	255
IV. LIBROS PARA LOS MUCHACHOS	281
10. Las tropas	283
11. Escritores en tiempos de guerra	317
12. La gran evasión	347
V. EL BOMBARDERO SIEMPRE LOGRA PASAR	371
13. Santuario	373
14. Expolio	391
15. Pulpa y cenizas	411
VI. 1945-1989: ASÍ EN LA GUERRA COMO EN LA PAZ	433
16. Limpieza	435
17. Restitución	453
18. Corazones y mentes	473
CODA. EL FIN DE LA HISTORIA Y LA CONTINUACIÓN DE LA GUERRA	511
AGRADECIMIENTOS	527
NOTAS	529
LISTA DE ILUSTRACIONES	569
ÍNDICE ONOMÁSTICO	575

INTRODUCCIÓN

LOS LIBROS, ARMAS EN LA
GUERRA DE LAS IDEAS

La semilla de la idea que después se convertiría en este libro se plantó, qué apropiado, durante una visita al Museo Imperial de la guerra de Londres, en 2017. Me acerqué a ver una exposición sobre la conservación de obras de arte, incluida la colección del propio museo, a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, momento en que se extrajo de las instalaciones para que no la alcanzaran los bombardeos previstos. Como historiador de medios de comunicación, esto me llevó a preguntarme: ¿qué ocurrió con los libros? En los setenta y cinco años que han transcurrido desde la guerra, se ha prestado mucha más atención al saqueo, la conservación y la restauración de las obras de arte que a las de los libros.¹ Y hay buenas razones para ello: mientras las obras de arte son individuales, reconocibles y, en ocasiones, extraordinariamente valiosas, las colecciones de libros a las que la guerra sacó de su lugar tenían un contenido prosaico, y a veces no eran más que simples ejemplares de obras literarias publicadas en grandes tiradas. Incluso en los casos en los que se ha podido identificar al dueño mediante un *ex libris*, una firma o el sello de una biblioteca, los libros suelen tener un valor escasamente superior al sentimental.

Pero en el siglo xx la producción libresca de Europa y de muchos países asiáticos atravesó un período de turbulencias que no se asemejaba en nada a ningún otro vivido anteriormente en la historia del mundo. Se destruyeron bibliotecas enteras, aparte de decenas de miles de colecciones privadas, y en muchos casos los vencedores se apropiaron de los libros

que sobrevivían. Gran parte de ese bagaje nunca fue devuelto a sus propietarios. Berlín, Varsovia, Minsk, Múnich, Kassel: las bibliotecas de estas ciudades, con sus ejemplares supervivientes —ejemplares únicos, primeras ediciones, partituras musicales y manuscritos— nunca volverán a ser las mismas. Esta es la historia de las bibliotecas en tiempos de guerra que tantas veces se ha contado: destrucción gratuita con heroicos intentos de reparación para que continuara el espectáculo. Es de todos conocido que en las estaciones del Metro de Londres se instalaron bibliotecas para uso de quienes allí se refugiaban; por todas partes había bibliotecarios valientes que trabajaban sin descanso para salvar sus fondos de los bombardeos o de la devastación de la potencia invasora.

Con estas imágenes estampadas en la memoria es fácil simpatizar con un relato que presenta la destrucción de las bibliotecas como una tragedia humana y cultural. Cualquiera que lea estas palabras valora los libros; somos gente librecas. Tendemos a asumir que los libros y la cultura literaria ejercen un impacto positivo en el mundo porque informan, iluminan, contribuyen a la causa del progreso. La quema de libros de las bibliotecas judías de Polonia por parte de los nazis fue un intento de anular todo su patrimonio cultural y, de hecho, acabó con muchas obras insustituibles. Para aquellos a los que les preocupa la cultura literaria, esta humillación deliberada que ejercieron los alemanes —que era, sin embargo, un pueblo que veneraba los libros— fue como una daga clavada en el corazón. Este libro rememora estas atrocidades, pero también se pregunta: ¿siempre ha sido una tragedia el bombardeo de bibliotecas y la destrucción de los libros?

En 1931 se tomó la decisión de construir una biblioteca nueva para la Universidad de Oxford, para dar cabida a una colección que no paraba de crecer. Cuando estalló la guerra en 1939, estaba casi terminada, pero aún no tenía libros. La llamada New Bodleian quedó de inmediato a disposición de una serie de la burocracia bélica. Acogió el archivo fotográfico del Almirantazgo, que estaba vinculado con el cuartel general

de la División Topográfica de los Ejércitos, creada para coordinar las actividades cartográficas entre los distintos ejércitos y que acogía la Escuela de Geógrafos. La New Bodleian acogió también al Royal Observer Corps (Cuerpo de Observadores de la Corona) y la Sección de Libros Educativos de la Cruz Roja, que desempeñó un servicio esencial al proporcionar libros a los prisioneros de guerra aliados, los POW. Fuera de Oxford, muchas bibliotecas y colecciones universitarias emplearon sus amplios sótanos para albergar los tesoros más preciados, pero luego llegó el Servicio de Transfusiones de Sangre y almacenó allí el plasma para el desembarco de Normandía. Es difícil no admitir que, con este despliegue de labores bélicas, la New Bodleian era un objetivo de guerra legítimo. Y lo mismo podría decirse de la sin par colección de mapas de la Real Sociedad Geográfica de Londres, o de las colecciones científicas de la Universidad Técnica de Berlín en Charlottenburg, recursos fundamentales en la batalla de la ciencia. Sin duda, sus 250 000 volúmenes se habrían perdido en los bombardeos de 1943. Y aunque continuemos guardando luto por el ataque de Coventry, que destruyó la mayor parte de la ciudad, hemos de recordar que también acabó con una importante colección de literatura técnica de la biblioteca pública, un recurso de vital importancia para las industrias de las West Midlands.

Tampoco es que todos los libros sean buenos. ¿Debemos lamentar la pérdida de los nueve millones de ejemplares de *Mein Kampf*, de Hitler, que circulaban por Alemania en 1945, o los cien millones del *Libro Rojo* de Mao que se destruyeron cuando comenzó a perder fuelle el culto a su figura? ¿Y qué decir del de Clausewitz, cuya perspicaz búsqueda de una victoria aplastante acabó con los últimos vestigios del noble respeto al enemigo y abrió el camino a un modo de hacer la guerra que prácticamente no distinguía entre combatientes y civiles? Las cualidades que solemos celebrar en la literatura —su universalidad, accesibilidad, capacidad para tocar las vidas de tanta gente con una idea o un relato inspirador—

también allanaron el camino para difundir ideologías del odio; y se retorció la función de los libros, que acabaron siendo fuente de propaganda o provocaron daños tremendos a grandes bloques de poblaciones del otro bando. A pesar de destruir las bibliotecas judías, los nazis les atribuían un gran valor, y crearon nuevas colecciones muy bien dotadas que les permitieran entender a sus enemigos. Este estrafalario proyecto es, de hecho, la razón por la que al final sobrevivieron tantos libros judíos.²



¿Objetivo bélico legítimo? Entre 1939 y 1945, la New Bodleian (ahora llamada Weston Library) dio refugio a tesoros vulnerables procedentes de otras bibliotecas, pero también acogió importantes departamentos de guerra. Las facultades de la Universidad de Oxford también se entregaron para llevar a cabo importantes actividades bélicas. Por qué Hitler nunca bombardeó Oxford, donde también estaba la sede de la industria automovilística Cowley, es una cuestión muy debatida.

Para escribir este libro, consulté tres fuentes fundamentales: libros sobre la guerra, libros generados por la guerra, y material archivístico consistente en correspondencia de la época, comunicaciones y agendas relevantes para la experiencia

lectora en tiempos de guerra, administración de las publicaciones en tiempos de guerra y desplazamiento de las bibliotecas. Todo esto abarca muchos cientos de estudios históricos y obra impresa de la época, de diversa índole. Y es que debo dejar clara una cosa: cuando hablamos de libros en este texto, vamos mucho más allá de las ediciones en tapa dura y de los novedosos libros en tapa blanda que transformaron la lectura en tiempos de guerra a partir de la década de 1930. Las naciones contendientes emplearon todo lo que podía imprimirse: libros, panfletos, publicaciones científicas, revistas, boletines de noticias, folletos y periódicos de gran formato. El intento de minar la moral de las tropas disparando proyectiles llenos de folletos que les instaban a rendirse puede parecer desafortunado y cómico, pero era una estrategia importante de la guerra aérea. Los folletos que avisaban a ciudadanos alemanes y franceses de un bombardeo inminente o de una descarga de artillería les permitió a muchos huir y salvar su vida. Sin el papel impreso, las jerarquías se disolvían. Cuando en abril de 1945 los ciudadanos que vivían entre las ruinas de Berlín se encontraron frente a dos cartelones escritos a mano con caligrafía perfecta y firmados con los nombres de Hitler y Goebbels, los castigos horribles con los que amenazaban pasaban a un segundo plano. Sin la autoridad que da la imprenta un texto escrito a mano se antojaba patético e intrascendente. El comentario de un espectador resume el desdén generalizado que inspiraron: «Vaya, ¡para lo que han quedado esos dos!».³

En este libro se analizan todos estos medios impresos, sobre todo porque tienen muchas conexiones. Muchos libros aparecieron por primera vez por entregas en alguna revista literaria (*Los treinta y nueve escalones* de John Buchan, en 1915, es un ejemplo excelente). Además, el mundo del libro y el del periodismo estaban estrechamente relacionados. Los escritores publicaban artículos en los periódicos, y estos, a su vez, promocionaban los libros de los escritores. Los escritores que ya habían publicado estaban muy solicitados para escri-

bir propaganda en tiempos de conflicto. Era una forma de contribuir al esfuerzo bélico que normalmente acogían bien los autores, ya que la presión que sufrían los suministros de papel provocó el cierre de las revistas y periódicos que les habían estado proporcionando parte de sus ingresos. También se daba el caso de que los lectores, en muchas ocasiones, no distinguían entre libros y revistas, de las que obtenían gran parte de la información y la distracción. Phyllis Walther, licenciada por la Universidad de Londres, regresó en 1939 al hogar familiar de Dorset con su hijo de corta edad, dejando en Londres a su marido que desempeñaba distintas tareas para la guerra. Aquí responde a una encuesta que se entregó a los diaristas de *Mass Observation* sobre sus hábitos de lectura.

Los únicos libros que leo habitualmente son el *Picture Post*, que envió a mi hermana —que vive en Australia— por su cumpleaños y por Navidad, el *New Statesman*, que me regala ella y el *Reader's Digest*, que recibe mi padre.⁴

Ninguno de estos tres títulos designa un libro en el sentido literal de la palabra, aunque *Life* y *Picture Post* fueron, gracias al extraordinario equipo fotográfico que tenían en el frente, algunas de las publicaciones más importantes durante la guerra.

He leído (y comprado) centenares de libros, panfletos y todo tipo de documentos impresos de la época mientras investigaba para escribir este libro, pero si tuviera que elegir un favorito sería el diario de Nella Last.⁵ En 1939, Nella era un ama de casa de Barrow-in-Furness, un puerto con astilleros de la costa de Cumbria. Nella no tenía formación reglada, pero era una diarista nata. Sus observaciones agudas, ásperas, a veces mezquinas, componen un relato clásico de la vida en una ciudad asediada por el nuevo horror de la guerra: los bombardeos.



La guerra es cruel y trágica, pero también permite que afloren talentos inesperados. Aquí vemos a un joven de la Marina que ha robado un momento a sus obligaciones para esbozar una viñeta cómica para el periódico del Ejército, en Orkney.

Nella había sido una lectora devota en su juventud, pero parece que durante la guerra leyó muy poco. Entre hacer colas para conseguir comida, sus tareas como voluntaria de guerra, su diario y el huerto, le quedaba poco tiempo libre para todo lo que no fuera echar un vistazo rápido al periódico vespertino. Su caso no estaba fuera de lo común: en tiempos de guerra había gente que no abrió un libro y otros tuvieron la experiencia contraria porque recurrían a los libros como bálsamo calmante en momentos turbulentos, con sus maridos, hijos e hijas lejos de casa y los bombarderos encima de sus cabezas. Muchos descubrieron los libros precisamente entonces, bien porque ejercían alguna tarea en solitario, lejos del frente, o porque estaban sumidos en

el aislamiento forzoso de un campo de prisioneros. Así que, a pesar de que los libros y los medios impresos en general funcionaran en muchos casos como vectores de ideologías tóxicas, que llevaban a los soldados a cometer actos terribles que escapaban a la imaginación de su yo civil y previo a la guerra, veremos también que algunos libros fueron fuente de consuelo y solaz en esa época agitada.

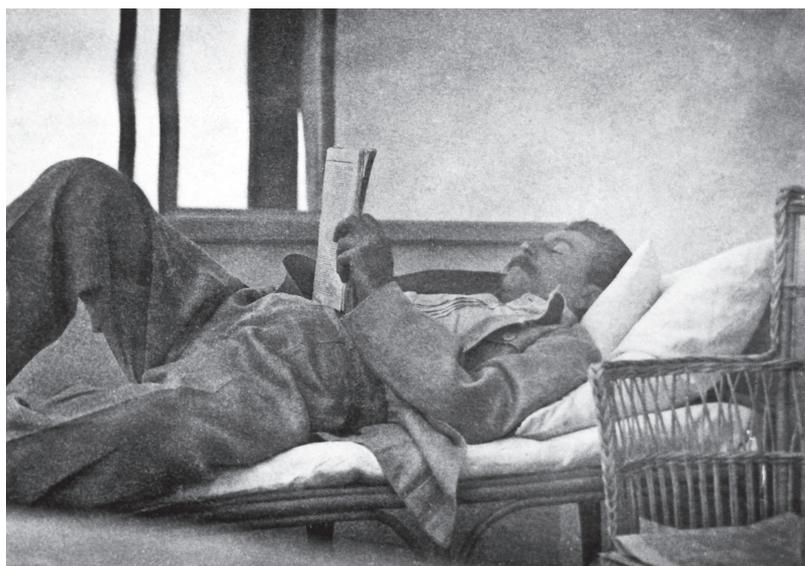
No puede ser coincidencia que las principales guerras de los siglos XIX y XX fueran una lucha entre las naciones más librecas (que llegaron a esa posición gracias precisamente a una oleada de alfabetización masiva iniciada en el siglo XIX). Alemania fue la primera que adoptó de manera incondicional la ciencia bélica, y Estados Unidos fue su alumno aventajado. Entre 1914 y 1918, la Gran Guerra confinó en el frente a Francia, que era la cultura literaria más respetada del viejo mundo, y a los dos gigantes editoriales de Europa: Inglaterra y Alemania. Esta guerra también renovó las energías de la industria editorial estadounidense, mientras que la revolución de 1917 supuso otro impulso hacia la alfabetización universal, esta vez en la nueva Unión Soviética, que transformó la sociedad rusa. La guerra también cambió radicalmente los términos del comercio internacional de libros y el funcionamiento de la industria editorial. Personas que antes eran amigos o socios ya no podían trabajar juntos, porque estaba prohibido importar nada de las naciones enemigas. Para los vencidos entraba en juego otro factor: la humillación de que su industria editorial quedara en manos del invasor, si no, desmantelada por completo. Los bombardeos destruyeron millones de libros tanto en bibliotecas como en domicilios particulares, pero también en los almacenes de las editoriales y de los distribuidores. Los editores veían cómo ardía todo su fondo a consecuencia de una sola bomba. Inevitablemente, todas las naciones combatientes tuvieron que someterse a normas nuevas. Las más obvias fueron el racionamiento del papel y la censura.

La censura desempeña un papel más sutil en esta historia de lo que cabría esperar. La Alemania nazi dejó clara su intención desde el principio, prohibiendo por completo las obras de autores judíos y «decadentes». Sin embargo, no estaba claro quién se incluiría en la segunda categoría, y se dejó a criterio de los bibliotecarios determinar qué se hacía con los libros purgados una vez que se reconocieran como tal. En la Rusia soviética, el miedo al gulag bastaba, en general, para obligar a los autores que cumpliesen las normas, pero en las democracias la censura era más sutil: a pesar de todo en 1917 se retiraron de las bibliotecas estadounidenses los libros alemanes (que en ocasiones se quemaron), y las masacres de libros en las bibliotecas del país durante la Guerra Fría afectaron a autores muy leídos, como Dashiell Hammett o Howard Fast. Diez años atrás, el ejército y la marina de EE. UU. habían repartido los libros de Fast entre las tropas, en ediciones especiales para las Fuerzas Armadas. En Gran Bretaña, la escasez de papel tuvo un gran impacto y dificultó la difusión de los autores más literarios, pues lo que quería leer el público eran historias bélicas de primera mano. La censura aquí se aplicaba a discreción del editor, reforzada en ocasiones por la sugerencia en voz baja de algún funcionario. Esto estuvo a punto de costarnos una de las mayores obras del siglo xx, *Rebelión en la granja* de George Orwell, rechazada por una larga serie de editores tras intervenir los servicios de inteligencia: el poder no quería que llegara al público la crítica implícita que hacía contra un aliado fundamental en la guerra, la Unión Soviética. Irónicamente, el funcionario del Ministerio de Información que había susurrado su recomendación, haciendo así que los editores se quitaran de en medio, era un agente soviético.⁶

Con todo, existía una diferencia real entre la cultura editorial de las democracias y la de los Estados totalitarios. Mientras en las bibliotecas públicas alemanas se llenaban los estantes con ejemplares de libros escritos por la élite nazi, en Gran Bretaña la tarea de asignar una cuota extra de papel

a títulos de importancia nacional recayó en el Comité Moberly, que se negó a destinar una partida a una nueva edición de una biografía del Duque de Marlborough escrita por su descendiente Winston Churchill, que entonces era primer ministro y el héroe del momento. Así, mientras los libros de Churchill quedaban vetados en los campos alemanes de prisioneros de guerra, *Mein Kampf* estaba disponible en las bibliotecas públicas británicas y era un texto recomendado que se suministraba a todas las bibliotecas de los campamentos del ejército. Probablemente las autoridades pensaron que exponiendo a las tropas a la ira de Hitler se endurecería su decisión de seguir combatiendo.

Este intercambio desigual nos conduce a otro rasgo destacado del conflicto. Rara vez se comenta que la Segunda Guerra Mundial puso en frentes opuestos a líderes que eran, además, autores muy leídos. Winston Churchill, por ejemplo, llevaba la escritura en la sangre. Sus incursiones en el periodismo comenzaron en la India y en la guerra de los bóeres, aventuras que volcó en su primera autobiografía, *Mi juventud* (1930). En los años salvajes anteriores a la Segunda Guerra Mundial, la escritura y el periodismo contribuyeron a mantenerlo siempre a salvo de sus crecientes deudas. En 1953 ganaría el Nobel de Literatura por su oratoria y sus textos históricos. Su adversario, Adolf Hitler, no recibió tal reconocimiento, aunque produjo el texto más célebre del siglo xx, *Mein Kampf*, en el que desgranaba con impresionante detalle su programa para Alemania y el destino que aguardaría a sus enemigos. Publicado en dos volúmenes en 1925 y 1926, recibió una acogida discreta, pero las ventas se dispararon cuando su partido, el Nacional Socialista, se acercó al gobierno. Hitler era también un lector crítico y coleccionista de libros, sobre todo de historia y arquitectura, como atestiguan los ejemplares que había en su biblioteca privada de Berchtesgaden, confiscados por los soldados norteamericanos en 1945 y que ahora están en la Biblioteca del Congreso.⁷



Stalin se elevó hasta llegar a las alturas del poder soviético gracias, en gran medida, a que todos lo subestimaban. Incluso hoy la imagen de ese brutal asesino en masa se oculta tras otra, la de uno de los líderes políticos más leídos del siglo xx.

Cubierto por el velo de una reputación de hombre cruel y sin formación, Joseph Stalin era extraordinariamente culto, lector concienzudo y amante de los libros. Una escuela de una pequeña ciudad georgiana casi en la frontera del imperio ruso lo acogió como refugiado de una familia disfuncional, y su inteligencia no tardó en ser notoria. En el colegio de su ciudad, regentado por los jesuitas, siempre se ganaba alguna reprimenda por sacar libros prohibidos de una biblioteca local. La política revolucionaria truncaría su ambición de ir a la universidad y ser catedrático, pero continuó leyendo, construyendo en su apartamento del Kremlin y en sus dachas una biblioteca con 15 000 libros cuidadosamente escogidos.⁸ No era una colección para exhibir: buena parte de los ejemplares que han sobrevivido están llenos de anotaciones suyas, detalladas y en ocasiones cáusticas. Stalin llevaría su don editorial al extremo al entregarse a algunos de los proyectos literarios más ambiciosos del Estado soviético, entre ellos *Historia del partido comunista* y *de la Unión Soviética* y algunos libros de texto

de historia. Stalin escribió más de lo que se le acredita: de sus *Fundamentos del leninismo*, *El marxismo y la cuestión nacional y colonial*, *Problemas del leninismo* y *Materialismo histórico y dialéctico* circularon millones de ejemplares estando él aún vivo. En la guerra de ideas lucharían hombres que habían construido su carrera sobre el poder de la palabra.

Vale la pena recordar también que Charles de Gaulle, solitario emblema de la resistencia francesa durante la guerra, alcanzó la fama primero como autor de un texto ampliamente admirado sobre la guerra titulado *Vers l'Armée de métier* (*Hacia un ejército profesional*). La audiencia interesada en ese libro iba más allá de las fronteras nacionales: en cuestión de un año se había traducido al alemán y al ruso.⁹ Lector de toda la vida y dotado de un gran sentido crítico, cuando se convirtió en presidente se interesó mucho por los asuntos de la Académie Française. Durante la guerra le tocó jugar la mano menos favorable, pero logró un gran golpe de efecto al garantizar que Francia saldría del conflicto como una de las naciones victoriosas a pesar de la humillación de 1940 y la vergüenza de la República de Vichy.

Todos estos autores guerreros acabarían siendo superados por el presidente Mao Zedong, líder fundador de la República Popular China. De las *Citas del Presidente Mao*, universalmente conocidas como *Libro Rojo*, se imprimieron mil millones de ejemplares que se tradujeron a más de cincuenta idiomas. A Mao corresponde también la poco habitual distinción de haber sido bibliotecario. Muchacho de provincias, sin dinero ni contactos, tuvo la suerte de encontrar empleo como ayudante en la biblioteca de la Universidad de Beijing, pero este trabajo rutinario lo único que hizo fue incrementar su sensación de alienación:

Mi puesto era de tan bajo rango que la gente me eludía. Una de mis funciones era registrar los nombres de las personas que iban a leer periódicos, pero para la mayoría yo no existía como ser humano... Intenté entablar conversación con algunos, hablar de temas

políticos o culturales, pero eran todos hombres muy ocupados. No tenían tiempo de escuchar a un ayudante de biblioteca que hablaba en dialecto del sur.¹⁰

Sus intentos de arañar lo que podía de la universidad le condujeron a la humillación. Cuando en una ocasión, al terminar una conferencia, quiso entablar conversación con el conocido intelectual de izquierdas Hu Shih, que estaba entonces terminando su influyente *Bosquejo de la Historia de la Filosofía China* y era solo dos años mayor que Mao, Hu le apartó de su lado al darse cuenta de que no era un estudiante, sino un ayudante de biblioteca.

Con todo, Mao fue un lector persistente y devoto: llegó a Beijing habiendo leído ya una traducción de *El contrato social* de Rousseau, *El espíritu de las leyes* de Montesquieu y *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, que encontró en la biblioteca provincial de su ciudad. Nunca olvidó aquellos desprecios de los primeros tiempos. Tras alimentar con dedicación las conexiones con las clases profesionales, cuando el Partido Comunista llegó por primera vez al poder, regresó a él el recuerdo de aquellos desplantes de su juventud, que arraigaron en el brutal tratamiento de los intelectuales durante la Revolución Cultural.

No nos sorprenderá, por tanto, que la creencia en el poder de la palabra escrita para delinear el destino de las naciones se convirtiera en algo tan extendido en el siglo xx. Como dijo Stalin en un congreso de escritores en 1934: «Necesitamos ingenieros del alma humana, escritores-ingenieros que construyan el espíritu humano».¹¹ En palabras del intelectual comunista alemán Friedrich Wolf, la literatura ya estaba convertida irremediabilmente en arma: «El material de nuestra era se extiende ante nosotros, duro como el hierro. Los poetas trabajan para forjarlo y convertirlo en arma. El obrero tiene que empuñar ese arma».¹² En el bloque comunista de posguerra la creencia en el poder de la palabra era firme. Hasta el adusto y austero líder de Alemania Oriental

Walter Ulbricht exhortaba a sus escritores: «¡A coger la pluma, camaradas!», mientras instituía un sistema de censura y control que sobreviviría hasta 1989.

Las democracias occidentales eran menos abiertas en su apropiación de bibliotecas con fines políticos, pero las ideologías subyacentes de imperialismo y destino nacional estaban bien representadas en sus anaqueles. En todos los países, una vez que estalló la guerra, se esperaba que escritores y bibliotecas desempeñaran un papel decisivo en la forja de la victoria. Y una vez lograda la victoria, después de la Segunda Guerra Mundial, los aliados tendrían que enfrentarse al problema de cómo higienizar, o explotar, las colecciones de los vencidos. El propio interés tuvo su peso en estas decisiones, así como las bibliotecas en su calidad bastiones ideológicos en la línea de frente del conflicto ideológico posterior a la guerra, con un campo de batalla de dimensiones globales.

Dejemos la última palabra al más destacado de los líderes de esta gran guerra que, sin embargo, no puede considerarse un autor importante: Franklin D. Roosevelt. El presidente Roosevelt apreciaba, desde luego, el valor de los libros, aunque más como coleccionista: ya en 1938 estaba en posición de entregar a su país una biblioteca de 15 000 libros, panfletos y mapas junto con una colección de cartas de navegación históricas amasada con cariño. Y no le costaba mucho reconocer que podría sacarse algo bueno de la oleada de terror que barrió los Estados Unidos cuando la quema de libros en Alemania. En 1942 declaró:

Todos sabemos que los libros arden, y sin embargo sabemos algo más importante: que a los libros no los destruye el fuego. La gente muere, pero los libros no mueren nunca. No hay hombre ni fuerza que puedan encerrar al pensamiento en un campo de concentración. No hay hombre ni fuerza que puedan arrebatarse al mundo esos libros que encarnan la lucha eterna del ser humano contra la tiranía de toda índole.¹³

Esto se convirtió en cartel y alcanzó gran fama: un libro monumental de fondo, tras unos soldados de asalto en miniatura que lanzan libros al fuego. La leyenda dice así: «Los libros son armas en la guerra de las ideas». Roosevelt era un consumado retórico, y como la mayoría de los grandes oradores utilizaba las palabras con cautela. Cuando él y otros líderes políticos identificaron a libros, autores, poetas y editoriales como recursos clave en el negocio de la guerra, es que debemos tomarnos el asunto muy en serio. Este libro muestra cómo sucedió.

I

CÓMO SE CONSTRUYE
UNA NACIÓN QUE LUCHA

LLAMADA A LAS ARMAS

En la introducción a este libro espero haber cuestionado la convicción de que la literatura es inherentemente pacífica, siempre al margen del combate, o trágica víctima del conflicto. Desde luego, el mundo del libro y la edición en general tienen profundas raíces en la historia de la guerra: las guerras ponen a la gente contra los otros, a una nación contra otra nación, ponen a prueba el poder de unas ideologías que compiten. Las bibliotecas, como semillero de estas ideologías que son, siempre fueron objetivo de destrucción. Porque las bibliotecas, desde la antigüedad de Grecia y Roma hasta el movimiento por las bibliotecas públicas del siglo XIX, nunca han sido simples colecciones de libros. Fueron también demostración pública de los valores de una sociedad, ocuparon en el centro de las ciudades un espacio de prestigio que en ocasiones donó algún ciudadano destacado de la comunidad. Destruir estas instituciones era un golpe al corazón mismo de una sociedad enemiga.

Las bibliotecas también se destruían como símbolo de la humillación del vencido. La eliminación de los objetos más preciados, del patrimonio cultural que ha ido acumulando una civilización, era una forma de llevar la competición de dos ideologías dispares a un punto de no retorno. Para los imperios azteca y maya, por ejemplo, la destrucción de sus libros por parte de los conquistadores españoles no fue solo una demostración de fuerza: fue también un ritual para denigrar su sistema de creencias, una señal de que sus dioses no podrían protegerlos. Las tropas nazis, que en la Polonia conquistada quemaron los libros sagrados de las comunidades judías,

orquestraron un ritual parecido al forzar a la población judía local a ver con sus propios ojos la profanación de sus textos sagrados. En la brutal batalla de Sarajevo, en 1992, las tropas serbias dispararon su artillería contra la Biblioteca Nacional y Universitaria de Bosnia-Herzegovina, del mismo modo que en 1981 una turba cingalesa arrasó la biblioteca de Jaffna, repositorio central de la cultura literaria tamil. Tanto las víctimas como los perpetradores conocían perfectamente el enorme significado cultural que encerraban aquellas colecciones.



Durante la *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos (1938), los nazis saquearon y quemaron comercios judíos, y destruyeron 1400 sinagogas. Sus libros sagrados eran un objetivo obvio, ya que volverían a quedar en territorios ocupados —empezando por Polonia— tras el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Desde el general romano Sulla, que desfiló por Roma con la librería saqueada de Aristóteles, hasta el *tour* de Stendhal por las bibliotecas alemanas buscando libros para la nueva Biblioteca Nacional francesa en nombre del conquistador todopoderoso, Napoleón, los generales victoriosos siempre han considerado los libros como obras de arte y, en consecuencia, un saqueo legítimo. Para los ejércitos suecos de la guerra de

los Treinta Años (1618-1648), este tipo de apropiación cultural cumplía un doble propósito: dotar de fondos a las bibliotecas universitarias y municipales al tiempo que privaban a sus oponentes religiosos de unos textos vitales para la construcción de la fe católica. El saqueo sistemático de las bibliotecas centroeuropeas por parte de los suecos se organizó con la precisión de una campaña militar. Al aceptar la rendición de una ciudad, los suecos buscaban a los dignatarios locales para que pudieran conducirlos hasta los principales archivos y bibliotecas. Los contenidos serían cuidadosamente guardados hasta que pudieran empaquetarse y enviarse a Suecia, antes de su distribución a la biblioteca real, la universidad de Uppsala o algunas escuelas de gramática. Algunos libros se perdieron en un terrible incendio que sufrió la biblioteca real, pero el resto están aún en Suecia. Por extraño que parezca el clamor por la devolución de los libros robados nunca ha sido comparable al que se produjo en el caso de las obras de arte.¹

Así que las raíces históricas de los temas que se tratan en este libro —el nacimiento de la estrategia militar, la guerra fría o la importancia de contar con una cartografía precisa— son muy profundas. Y sin embargo existe una evidencia clara de que en el arte de la guerra se ha producido un salto cuántico con implicaciones para el mundo de la biblioteca durante los dos últimos siglos, desde mediados del siglo XIX hasta ahora. Esta transformación tuvo tres elementos fundamentales: la profesionalización del ejército, sobre todo del rango de oficiales; la industrialización del armamento, y la movilización de la población civil, que acabó con la distinción entre combatientes y no combatientes. Todo ello ha ejercido un enorme impacto en el papel que ha desempeñado el libro en tiempos de guerra, y en cómo ha influido en la guerra lo que se guarda en una biblioteca.

Ese período fue también un tiempo de cambios transformadores en el mundo occidental, que hasta el momento había sido la principal incubadora del movimiento bibliotecario.

Entre 1800 y 1914, la población europea aumentó de 180 a 460 millones. En Estados Unidos el crecimiento fue aún más espectacular, de 5 a 106 millones. Gran parte de este aumento fue a engrosar la mano de obra que requería la nueva economía industrial. Integrar a estos nuevos ciudadanos en el tejido social exigía, sobre todo, un fuerte aumento de la dotación educativa. Esto impulsó el plan de instaurar una educación obligatoria tanto en Europa como en Estados Unidos. A principios del siglo xx, las sociedades occidentales estaban rozando la alfabetización universal tanto en hombres como en mujeres, lo que hizo posible otro avance paralelo: la decisión de crear una red de bibliotecas públicas, al alcance de todos, que podrían satisfacer las necesidades lectoras de las grandes masas de población. Las guerras de finales del siglo xix, por tanto, y del xx fueron las primeras en las que la mayoría de los combatientes y civiles estaban en situación de consumir, y de reaccionar de primera mano, ante la literatura del momento, desde periódicos hasta folletos informativos, historias baratas de suspense y obras serias de ficción. Y esta es la razón por la que, aunque hago referencia a momentos históricos anteriores, este libro se centrará en el período que comienza con la guerra de Secesión estadounidense y continúa hasta el final de la Guerra Fría, un período en que los libros desempeñaron una función muy destacada tanto para persuadir como para provocar. Los globos de la CIA que sobrevolaron el Telón de Acero con unas Biblias atadas quizá no consiguieron gran cosa, pero fue un gesto.

Durante un siglo, a partir de 1850, hubo un período histórico en que las naciones descubrieron el poder de los libros para configurar conflictos y, de paso, las deficiencias de sus propias bibliotecas. Archibald MacLeish fue uno de los bibliotecarios más influyentes del siglo xx: como bibliotecario del Congreso en 1939, desempeñaría un papel fundamental en la definición de la política estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. MacLeish se dio cuenta enseguida de que, si Estados Unidos quería sobresalir en la gran batalla

global, tendría que movilizar todos los recursos nacionales para esa causa. Y eso incluía libros y bibliotecas. Esta fue su reflexión en 1945:

No se puede luchar en una guerra, al menos no en una guerra moderna, sin contar con los recursos bibliotecarios más completos. Y ninguna biblioteca está completa ante las necesidades de un gran Estado industrial que se encuentra sumido en una guerra que abarca todas sus instalaciones, toda su mano de obra, y todo su conocimiento. Ahora sabemos, independientemente de lo que hubiéramos pensado antes, que ninguna isla, en ningún océano de la Tierra, es demasiado remota, demasiado pequeña o demasiado discreta para constituir una preocupación vital a la hora de planificar y dirigir a las tropas en una guerra en la que se combate con un ejército del aire y una marina actuales, por no hablar del ejército terrestre, que también ha de ser moderno. La Biblioteca del Congreso ha vivido en sus carnes lo que supuso para su servicio al gobierno de los Estados Unidos no guardar, durante al menos el siglo y medio anterior, hasta el último trozo de papel impreso o manuscrito de las islas del Pacífico.²

MacLeish tenía razón: cuando Japón atacó Pearl Harbor en diciembre de 1941, Estados Unidos se encontró inmerso en una guerra que tenía lugar en una parte del mundo de la que sabía muy poco. El carácter del enemigo, las condiciones a las que se enfrentarían sus tropas, hasta los nombres de las islas y atolones que acabarían inscritos en la psique estadounidense durante los tres años siguientes... todo era un misterio. Cuando en febrero de 1942 el presidente Franklin D. Roosevelt ofreció su discurso radiofónico semanal, sugirió a los oyentes que tuvieran un mapa o un globo terráqueo a mano mientras él hablaba. Al día siguiente los estantes de las librerías estaban vacíos: no quedaban ni mapas ni atlas, porque los ciudadanos habían seguido su consejo a pies juntillas.